

ESBOZO HISTÓRICO DE LA FILOSOFÍA

Actitudes humanas y filosofía

Hemos visto que se puede distinguir entre sentir y entender; además, cabe distinguir entre teoría y praxis, razón especulativa y razón práctica. Una clasificación sencilla de las facultades humanas permite distinguir tres planos en el hombre: el sentimiento, la voluntad y el intelecto. Una distinción muy simple, pero no una simplificación. Según se dé prioridad a los sentimientos, a la voluntad o al entendimiento, resultan concepciones muy distintas del hombre y de la realidad entera. Eso nos puede ayudar a entender por qué hay en la historia concepciones filosóficas diversas. Nos interesa comprender esa diversidad, para comprender, con su auxilio y con el de la misma historia, por qué todas ellas son, sin embargo, filosóficas. Lo que la filosofía es se manifiesta también en su diversidad y en su historia.

Tomando como base ese hecho, resumiremos en tres las "concepciones del mundo" o maneras de entender la sabiduría, correspondientes a tres actitudes distintas de la razón humana:

1. Actitud teórica. Para ella el filosofar nace de la admiración y se ordena al conocimiento de la verdad, al ser de las cosas. Concibe la filosofía como metafísica y, solidariamente, como teoría del conocimiento y antropología.
2. Actitud práctica. Se interesa por la acción y el bien moral. Es la de quienes filosofan a partir de la experiencia de la injusticia. Conciben la filosofía como denuncia ética y regeneración política. No se interesa por la teoría en sí misma y propugna una utopía como término del progreso moral.
3. Actitud positivista. Se interesa por la producción de bienes de consumo e instrumentos. Considera superada la filosofía teórica; sólo reconoce el valor de la utilidad. Para ella la ciencia es sólo medio de dominio: saber es poder. Actitud antimetafísica, valora el progreso técnico y espera de éste todas las soluciones.

La Antigüedad clásica

Narra una antigua tradición que el primero que se llamó filósofo fue Pitágoras (530, a. C.), sabio matemático y orador que, al ser preguntado por su oficio y arte, respondió que era amante de la sabiduría (sophía). Como no entendían su afirmación, comparó la vida con los Juegos Olímpicos: la mayoría iban a hacer tratos y negocios, otros para competir y lograr fama, por fin, una minoría iba allá sólo por el gozo de ver. El filósofo es del tercer tipo: busca saber, no por utilidad, sino por el gozo de saber.

Pitágoras vivió en el sur de Italia, a mediados del s. VI antes de Cristo; siglo y medio más tarde, vivió en Atenas Platón (427-347, a. C.) que, al observar cómo los hombres tienen ideales diversos sobre la felicidad, intentó reducirlos a unos pocos "tipos". Como Pitágoras, describe tres formas de vida: 1ª) según el placer, cuando los hombres se procuran sobre todo bienes materiales (útiles, dinero, seguridad, bienestar, etc.); 2ª) según la fama, los hombres se mueven por el prestigio, y por los honores sacrifican los bienes materiales, como los atletas y soldados; 3ª) según la razón, buscando por encima de todo la contemplación de la verdad (theoría); el ideal teórico lleva a algunos a desinteresarse de la riqueza y del prestigio, a buscar por encima de todo el conocimiento, la verdad y el bien.

Platón de Atenas discípulo de Sócrates

y maestro de Aristóteles

fundó la Academia (387 a. C.)

con el fin de formar gobernantes sabios

Platón ponía en correlación estos tipos de vida o de hombres con tres facultades: el entendimiento, la voluntad y el sentimiento. La cuestión es: ¿cuál tiene prioridad? ¿A cuál de ellas corresponde gobernar? Las tres posibles respuestas son otras tantas actitudes ante la realidad. Cada forma de entender la vida es una idea de lo que es el ser humano: la mente, la voluntad o el sentimiento. Son tres maneras de concebir la felicidad: ser sabio, ser poderoso o ser rico; tres motivaciones dominantes: conocer la verdad, dominar en el mundo social, o tener placeres y comodidades.

La Escuela de Atenas

Sócrates, Platón y Aristóteles (ss. IV-IIIº, a. de C.) afirmaron decididamente la prioridad de la vida según la razón, el ideal teórico. Según ellos, la admiración origina el deseo de saber. Aristóteles de Estagira (384-322, a. C.) escribió que en el ser humano lo natural es el deseo de saber.

La Escuela de Atenas: "Todos los hombres desean, por naturaleza, saber" (Aristóteles)

Comparemos el deseo natural humano con el deseo natural de los irracionales. Las bestias están inclinadas a conductas fijas, ciegas, que cada espécimen repite sin originalidad. Para los animales lo natural es satisfacer necesidades inmediatas, sensibles, sin hacerse preguntas.

Ahora, aquello que es natural para las bestias, no lo es para el hombre. El ser humano subordina sus necesidades sensibles a su vida mental, que puede ser:

Especulativa busca saber sólo para saber (teoría).

Práctica saber para mejorar la personalidad moral (praxis).

Técnica encaminada a producir artefactos (póiesis).

La satisfacción de una necesidad, en los animales, es automática: no espera. El hombre, por el contrario, posee la capacidad de esperar (su conocimiento abarca el tiempo), para él es antes pensar que satisfacer el instinto.

Ahora, un ser que espera, que se detiene a pensar, domina su propio tiempo y no es dominado por el automatismo de los instintos y pulsiones orgánicas. En el hombre no gobierna el instinto, sino la razón; no tenemos instintos.

Un ser que piensa no es instintivo, sino racional

El deseo dominante de la bestia es la satisfacción sensible. El deseo dominante del hombre es saber. Mas como el saber es capaz de todo, el hombre es un ser abierto a la totalidad del ser. Por la apertura intelectual somos, en cierto modo, "todas las cosas".

Apertura sin límite y reflexión, he aquí dos características diferenciales del hombre. El animal está determinado por el medio en el que vive (adaptación), también por el instinto (conducta fija). La razón interrumpe el automatismo de la vida instintiva —podemos detener los procesos—, y crea los artefactos para que el hombre domine el mundo, que es más que adaptarse a él. Por la razón, el hombre es homo faber, un ser inadaptado al mundo físico, como dice el biólogo Arnold Gehlen, que nace "premature", pero construye su mundo, el mundo humano.

"El alma es, en cierta manera, todas las cosas" (Aristóteles)

"El alma intelectual ha sido dada al hombre en lugar de todas las formas, para que el hombre sea en cierta manera la totalidad del ser"

(Tomás de Aquino)

La inteligencia se demuestra capaz de sobrepasar los límites; eso hace del hombre una criatura inquieta, insatisfecha. Si hay una cima sin escalar, alguien llegará allí tarde o temprano; si hay un abismo en las profundidades, alguien tiene que bajar. Alguien tiene que ser el primero en llegar a donde nadie ha llegado. Si hay un "récord" en atletismo, hay que hacerlo retroceder. Insatisfacción, apertura y progreso son naturales para el hombre. La naturaleza humana no está fijada; es naturaleza espiritual, no solamente física.

Aristóteles observó que a causa de esa apertura, los hombres —"tanto los antiguos como los actuales", escribe— se maravillaron. Movidos por la admiración hicieron progresos: primero se extrañaron ante problemas comunes. Luego sintieron admiración al contemplar los astros —la firmeza del firmamento—. Por fin, la maravilla "sobre el origen del Todo". Esta es, según Aristóteles, la causa del filosofar y su tema principal. La de este filósofo es una actitud teórica y principalmente metafísica.

Helenismo e "ideal del sabio"

Durante la época helenístico-romana (del siglo III^o a. de C., al siglo IV^o d. C.), diversas escuelas se plantearon la existencia humana dando prioridad a la práctica. Destacan los filósofos estoicos (como Séneca, Epicteto, Marco Aurelio, emperador), que consideran sabio al hombre que conoce el arte de vivir feliz, contentándose con poco y no permitiendo que los acontecimientos externos perturben su presencia de ánimo. El filósofo adopta igual serenidad ante la buena o la mala fortuna. La sabiduría sería el arte de ser feliz y la felicidad consistiría en no sufrir. Por eso, el sabio buscará la imperturbabilidad de ánimo o "apatía".

Los estoicos descubren el valor de la austeridad y el autodomínio; su consejo era este: «prescinde y soporta» (abstine et sustine!). Quien se vuelca a buscar satisfacciones y goces externos, fácilmente olvida la vida interior, que advierte el hecho de vivir como algo feliz y bueno por sí mismo. En cuanto a la vida exterior, existe una Razón que gobierna el mundo (Ley natural), el sabio procura conocerla y seguirla, de modo que es sabio y bueno "seguir la naturaleza", obedecer los dictados de la naturaleza es obedecer a Dios.

Zenón de Kition (s. III^o a. C.) fundador de la "Stoa"

El estoicismo fue muy influyente en el mundo antiguo, y sigue resonando en muchos pensadores modernos. De él proviene la expresión española: "tomarse las cosas con filosofía". Esta escuela mostraba una actitud práctica, orientada a la felicidad, entendida como "contento" de la vida. Había en ella también un matiz "medicinal": el ser humano padece, sufre a causa de sus errores, necesita ser curado, liberado de los males de la vida. Hay en esto

una actitud próxima a la que se encuentra en las teosofías orientales, como el Hinduismo y el Budismo.

Marco Aurelio (121-180, d. C.)

Otras escuelas de la etapa helenístico-romana del fueron el neoplatonismo, el neo-pitagorismo, el escepticismo y el epicureísmo. A Atenas sucedieron Roma, Pérgamo y, sobre todo, Alejandría como centros del saber.

La Patrística

La Patrística es un movimiento intelectual cristiano —con precedentes judíos en Alejandría ya en el siglo I^o antes de Cristo—, contemporáneo de las escuelas griegas y romanas, durante los siglos II-IV. Su esfuerzo principal consistió en expresar la fe cristiana con el vocabulario y los conceptos de la filosofía pagana, también procuró infundir en la filosofía los ideales aportados por la fe cristiana; su principal resultado fue la primera gran síntesis de la filosofía griega y el monoteísmo. Ahora bien, el Cristianismo no es una filosofía más, como algunos entendieron en aquella época o en la nuestra, el Cristianismo es la plenitud de la religión revelada, la del Dios de Abraham, Isaac y Jacob. El Dios de Israel no es una divinidad nacional, sino el Dios del Universo; esta universalidad y amplitud de la revelación propició la diversidad filosófica dentro del Cristianismo. Desde el principio, algunos filósofos cristianos adoptaron como propias las ideas de Platón, otros las de Aristóteles, o las del estoicismo, etc., según la actitud de cada pensador.

Se considera a San Agustín de Hipona (354-430) la cima de la Patrística latina. Aurelio Agustín Fue un pensador apasionado y vital, sensible a la belleza literaria y a la grandeza intelectual de los clásicos; tras su conversión al Cristianismo los entiende bajo una luz nueva: el hombre y el mundo son criaturas, el Creador no es un ser mutable, sino el Ser eterno, el mismo Ser. Agustín es un filósofo metafísico, platónico y cristiano.

La Escolástica, en la Edad Media, prolonga la obra teórica y práctica de las escuelas helenísticas y patrísticas, las enriquecen con la aportación de filósofos musulmanes y con el redescubrimiento de Aristóteles.

La Modernidad

Trasladémonos ahora de la Antigüedad y los siglos de la Patrística y el medievo hasta la época de la Revolución francesa. Hallamos nuevamente la actitud teórica y la práctica, como aproximaciones a la sabiduría. En la primera mitad del siglo XIX, el desarrollo industrial hizo posible —de manera antes insospechada— la actitud positivista. Un contemporáneo de Jaime Balmes, el francés Auguste Comte, dio a la moderna "fe en el progreso" un peculiar matiz tecnocrático.

La Ilustración, llamada "siglo de las Luces" (s. XVIII), había adoptado una actitud de exaltación del dominio del mundo. Dos pensadores encarnan bien ese talante del siglo de las Luces: Immanuel Kant (1724-1804) y Auguste Comte (1798-1857). Ambos se oponen al Cristianismo porque no ven a la razón como criatura, sino como creadora —de la ciencia y del progreso—. Por un lado, Kant es un filósofo idealista, movido por una actitud teórica; mientras que Comte es el padre del positivismo y propugna la supresión de la filosofía en beneficio de la ciencia experimental y la técnica modernas.

Kant y la especulación

Kant se puede considerar un claro ejemplo de filósofo especulativo. Es cierto que el interés primordial de su sistema es ético —la llamada "autonomía" moral de la razón—, y así lo vieron los filósofos del Romanticismo. No obstante, una parte de ese sistema, su teoría del conocimiento, contenida en la Crítica de la razón pura, es de tanta importancia en el panorama del pensamiento moderno que frecuentemente se la ha considerado aparte, como la obra de filosofía especulativa más influyente de la modernidad.

En aquel libro, Kant considera al hombre como repartido entre dos mundos: el físico y el moral. En el mundo físico, la racionalidad se plasma en las leyes exactas de la mecánica de Newton. La física moderna es el modelo que se debe imitar, si queremos responder a la pregunta: ¿qué podemos saber? O bien, ¿cómo es posible la ciencia? En el mundo moral, por el contrario, la ley básica es la libertad. Puesto que en éste existen deberes, ha de existir un sujeto libre. Ahora, Kant entendía la libertad del mismo modo que Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), en El contrato social (1762), a saber, la entendía como independencia de causas externas. En el mundo físico todo está regulado por leyes y causas externas; por eso, en el mundo físico no hay libertad y el hombre no será una naturaleza.

Tal como Kant los veía, el mundo físico y el moral (uno mecánico y el otro espiritual) son heterogéneos; y debemos considerarlos siempre separados hasta que sean reunidos por Dios, en la bienaventuranza, que

merece quien actúa de acuerdo con el deber moral, es decir, por puro respeto del deber. En el mundo físico el hombre bueno resulta fácil y frecuentemente perjudicado. Kant se da cuenta de que ser bueno no equivale a ser feliz en este mundo. Por lo tanto, Dios reunirá el mérito y el bien sensible; esta reunión del bien moral y del bien físico, al final, será la justicia definitiva.

La actitud teórica de Kant se expresa en su gran sentido de la admiración y la reverencia; el filósofo prusiano admiraba un doble prodigio:

"Dos cosas llenan el ánimo de admiración y respeto, siempre nuevos y crecientes,... el cielo estrellado sobre mí y la ley moral dentro de mí" (Immanuel Kant)

Fichte y la Acción moral

Kant veía en la admiración el inicio y causa del filosofar. Su discípulo Johann Gottlieb Fichte (1762-1814), espíritu práctico y hombre de acción, pone sin embargo el inicio de la sabiduría humana en una elección libre, más aún: gratuita.

Según Fichte, sólo hay dos filosofías: realismo e idealismo. La primera, afirma que lo real existe en sí, mas eso limita la libertad humana. El idealismo, por el contrario, afirma el espíritu y no reconoce ningún "en sí" exterior a la libertad. Esta dualidad —libertad y cosa "en sí"— equivale en Fichte a la clásica dualidad de "sujeto cognoscente" y "objeto conocido"; ahora, el sujeto es espíritu, libertad, capacidad de acción. Frente a esa idea del espíritu, la pretensión realista de que existen cosas reales, significa acentuar las limitaciones: las cosas son límites, mientras que la libertad es potestad sin límite; en fin, la libertad supera a las cosas, el espíritu es antes que la materia. El espíritu, que es libertad, "pone" la materia ante sí, para superarla. La superación, lucha y acción, es el alma del progreso y en ella encuentra la libertad su exaltación y felicidad.

"La filosofía que uno profesa depende de la clase de hombre que es" (J. G. Fichte)

Ante el sorprendente planteamiento de Fichte, no queda más remedio que preguntarse: ¿cómo sabemos que el idealismo es la filosofía verdadera? Su respuesta es esta: por autoafirmación, se trata de una elección libre, sin razones. Este es el inicio del filosofar, según Fichte. La experiencia del poder de elegir, del esfuerzo y la superación, son, según él, el punto de arranque de los razonamientos, no ya la admiración ante el orden del universo.

Los teóricos modernos de la Revolución (especialmente J.-J. Rousseau y K. Marx) son filósofos de la acción, como Fichte. Si les preguntáramos: ¿cuál es la realidad básica, el hecho primero e incontestable del que partís? No responderían que el ser, o la verdad, tampoco la admiración. Dirán que la realidad primera es voluntad (Rousseau), o praxis, acción o al menos deseo, en busca de satisfacción (Marx).

Comte y el Progreso técnico

Para Augusto Comte (1798-1857) la realidad humana está gobernada por el progreso en la forma histórica de la Ley de los tres estados, según ésta la humanidad es religiosa en su infancia, metafísica en su juventud y positivista en su madurez.

Comte es el fundador del positivismo; no concibe la filosofía como una actividad que valga por sí misma, para él el saber sólo vale por sus resultados útiles y económicos. Son consecuencia del positivismo el utilitarismo y el pragmatismo, actitudes que valoran el éxito por encima de todo. En dos frases se condensa la mentalidad positivista y antimetafísica de A. Comte:

1. Saber para prever, prever para poder. El saber sólo interesa para anticiparnos, para dominar y explotar la Naturaleza. En otras palabras: Saber es poder. Y ¿qué pasa con la verdad de las cosas?

2. Todo es relativo, he aquí la única verdad absoluta, dice Comte, sin asustarse ante la paradoja que su afirmación comporta. No obstante, ¿una relatividad universal, no postula algún absoluto?

El ser supremo (le Grand Être), según Auguste Comte, es la humanidad (l'Humanité); el padre del positivismo concibió el saber como Enciclopedia, sistemática y al servicio de la industria y el poder político, un la futura "sociedad positivista". La religión y el ser supremo de la nueva sociedad sería la Humanidad, su ideal moral el Progreso.

III. Prioridad de la teoría

Prioridad de la inteligencia

Hemos expuesto tres concepciones distintas de la filosofía y hemos comprobado que se han dado tanto en los tiempos antiguos como en los modernos. Lo que ahora nos interesa es la cuestión de saber cuál de ellas es la

correcta y, por lo tanto, cuál de las tres facultades —intelecto, voluntad y sentimiento— tiene prioridad natural y asume el encargo de ser la guía de las otras. No obstante, no es forzoso pensar en términos de confrontación. Tal como lo vieron los griegos, no se trataba de excluir dos formas de vida para dar lugar a una sola, sino de armonizarlas. Según Platón y Aristóteles, la manera de unir las es jerarquizarlas; sólo si reconocemos la hegemonía del intelecto podemos poner orden. El orden es cosa del pensamiento. Resulta, pues, que la cuestión de decidir cuál de las tres facultades (intelecto, voluntad y sentimiento), o cuál de las tres actitudes (teórica, práctica y positivista) tiene la legítima prioridad es ya una importante cuestión filosófica. Es la cuestión de saber por qué elegimos un carácter, o estilo de vida, y no otro. Discutiendo este tema con los "positivistas" del siglo IV a. de C., el joven Aristóteles escribió lo siguiente: Tanto si se debe filosofar, como si no se debe filosofar, en todo caso, es preciso filosofar. En efecto, si la búsqueda humana de la sabiduría tiene objeto, entonces éste es el más valioso y debemos investigarlo; pero si no lo tiene, hay que explicar por qué, y esa explicación ya es una filosofía. En cuanto nos pongamos a estudiar nuestra incapacidad para conocer la razón profunda de las cosas, estaremos filosofando; por tanto, es cierto: tanto si se debe filosofar, como si no; en todo caso es preciso filosofar. Desde Aristóteles, el sentido común y la historia han decidido la cuestión de la primacía a favor de la teoría. Si hasta para rechazar el primado de la teoría hace falta filosofar, la actitud teórica tiene la hegemonía; ella decide qué lugar corresponde a la voluntad y al sentimiento. El propósito de jerarquizar, subordina los saberes a principios. Hallar una clave de armonía para el hombre y el universo es referirse a principios. Algunos filósofos modernos han caracterizado la filosofía como pensamiento a la luz de los principios, o bien, pensamiento que refiere todos los temas a los principios primeros.

La admiración: del mito a la teoría

Es un hecho que la filosofía nació como actitud teórica. Antes habían sido el mito y la adquisición de la técnica, o artes prácticas, encaminadas al bienestar o la utilidad. La teoría hizo pasar al mito a un segundo plano. La actitud teórica comienza en el momento en que se advierte que no todo se somete al imperio del tiempo. Sin negar la importancia del tiempo, la filosofía descubre algo permanente en la realidad, y que se corresponde con la intelección.

Esa advertencia es la teoría. Ahora bien la teoría es obra del (noûs), el elemento intemporal que hay en el hombre; la filosofía comienza por tanto con la advertencia del espíritu y la apertura a lo intemporal.

El mito explica el presente por causas que obraron en un pasado remoto. El mito por excelencia es la interpretación del tiempo que dice: "No hay futuro. El futuro ya ha pasado". El tiempo del mito es circular, es la "rueda del tiempo". En el Mito del Eterno Retorno de lo mismo —que era la concepción dominante antes de la teoría, y todavía lo es en el extremo Oriente— el futuro está ya dado, porque lo que pasará es exactamente lo que "ya ha pasado". Aquí no tiene cabida la libertad: no se puede crear el futuro si ya está dado; si el futuro consiste en repetir el pasado, no se lo puede evitar ni crear, está predeterminado.

La actividad teórica, por el contrario, no explica el presente por el pasado, sino por lo actual. La teoría explica las cosas por causas y principios que actúan "ahora": lo que hay, lo que está siendo o existiendo, depende actualmente de principios. Eso es la mirada (gr. *theoreîn*) teórica o contemplativa. La visión teórica —atenta a lo actual no ya al pasado (mito)— descubre oportunidades: es inventiva, ve la novedad, innova.

El objeto de la admiración ha sido lo contrario de la actitud mítica. La admiración intelectual es el estado en que el ser humano se siente cautivado por lo intemporal. Por el contrario, el mitólogo (narrador, poeta) es el hombre de larga memoria, que recuerda cómo se ha formado el mundo, a partir del caos, siguiendo las generaciones de los dioses. El mitólogo vaticina el futuro por el peso del pasado: el futuro no escapará a su suerte. El pasado vuelve. El mitólogo sabe el futuro, porque sabe el pasado. Ahora bien, eso se llama superstición. Quien ha sido educado en la teoría ve que la afirmación de que el futuro ya está dado (es pasado) conduciría a la inacción, al fatalismo y a la pasividad.

Ha sido por tanto el primado de la teoría —no el del mito— lo que ha liberado a la acción humana del fatalismo. La libertad y creatividad humanas, tan típicas del hombre occidental, se benefician de la prioridad de la actitud teórica, metafísica. Hay una filosofía nacida de la maravilla, teórica, en el trasfondo de la confianza occidental en la libertad, de cara tanto a la acción ética como al progreso material y técnico. No es una casualidad que la ciencia, en el sentido moderno de la palabra, haya nacido y prosperado en Occidente.

Tales y Pitágoras. Mirando a la tierra desde los astros

Si preguntamos: "El teorema de Pitágoras, ¿era verdad antes de Pitágoras?" La respuesta que todos dan sin pensarlo es "sí". Parece evidente que la verdad del teorema no depende de Pitágoras, el hombre. Se diría que Pitágoras no ha "inventado" el teorema, sino que lo ha "descubierto": se ha topado con él, como Cristóbal Colón topó con América (porque estaba en medio del camino hacia las Indias Orientales). Como las constelaciones de

las estrellas, así parece ser la verdad del teorema: intemporal.

Se suele decir que los primeros filósofos se maravillaron al contemplar el cambio, el constante devenir a que están sometidas todas las cosas de la tierra. Y es cierto. Pero debiéramos insistir en este detalle: uno no se admira de algo si no lo encuentra "extraño", esto es, si no toma distancia. Ahora, para extrañarnos de que las cosas cambien, de que "las generaciones de los hombres caen, como las hojas del bosque en otoño" (Homero), es preciso ver como más natural la estabilidad de lo que no cambia. ¿Cómo se produjo esta transformación mental? Era una modificación importante, porque el mundo material no conoce la permanencia de lo intemporal. Al contrario, en el mundo sensible todo es cambiante, con independencia de la rapidez de las variaciones: de prisa o lentamente, en el mundo todo cambia. ¿De dónde viene, por tanto, la extrañeza y la admiración?

La filosofía nació en el corazón de hombres que miraban las estrellas. El primero fue Tales de Mileto (s. VI a. de C.), autor del teorema de las paralelas y uno de los "Siete Sabios" de Grecia, viajero, matemático, astrónomo e ingeniero. Tales comparó la región inconmensurable del cielo estrellado con la tierra en la que vivimos. Allá arriba estaban las cosas que "siempre son", según se creía. Las estrellas eran lo permanente, la tierra lo transitorio. Los astros eran siempre iguales, no cambiaban, eternos; mientras que en el mundo de aquí abajo todo era mudable e inconsistente.

Sabemos que Tales fue el primero de los que se maravillaron "ante el origen del Todo". ¿Por qué? Por causa de una vuelta de campana, de una revolución mental consistente en invertir la forma de mirar. Tales no parece ser alguien que mira las estrellas desde la tierra, sino uno que considera la tierra desde los astros; no mira hacia "lo que siempre es" desde un momento efímero del tiempo, sino que mira todo lo que cambia, nace, crece y muere, desde la estabilidad de lo intemporal. Lo que extrañó a Tales de Mileto no fue que los astros fueran eternos, sino que en la tierra todo fuese transitorio. No era el cielo, sino la tierra, lo que hacía falta justificar. Este mundo no se entendía; y entender le pareció imprescindible.

El hecho de encontrar a las cosas necesitadas de una explicación, por ser temporales, significa que las comparamos con lo intemporal. ¿Cómo era posible tal comparación? Quien compara relaciona dos extremos previamente conocidos. Por lo tanto, la mente conoce tanto lo eterno como el tiempo; dicho de otro modo: la mente humana (el *noûs*) tiene tanta o más afinidad con las estrellas que con la tierra. Por eso juzga que todo tiene un Principio (*arkhé*): toda esta diversidad cambiante está dependiendo, "ahora", de una única realidad que no ha cambiado ni cambiará nunca. La pregunta oportuna, por eso, era: ¿de dónde ha salido todo y a dónde se encamina?

La pregunta por el origen primero y el destino último sólo es posible para alguien que mire al mundo desde las estrellas, esto es, desde lo intemporal. Desde un principio, la pregunta por la naturaleza (gr. *Physis*, lat. *Natura*) fue más allá de la física o cosmología, hasta las causas últimas, convirtiéndose así en metafísica.

Quien investiga movido por la admiración filosofa, es decir, ama una especie de imposible: la sabiduría. Los teoremas, el amor y la filosofía tienen en común el adverbio "siempre".

Ahora bien, son diversas las realidades que pueden admirar a la mente, de manera que son diversas las temáticas iniciales de la filosofía. ¿Qué realidades admiraron a los filósofos de ayer, como a los de hoy? El impresionante espectáculo del cielo astronómico mueve a admiración. Y también la autoridad de la conciencia, cuando formula el deber. El mismo hecho de conocer es admirable. Lo es, porque es todo conocimiento hay finitud e infinitud: todo lo que conocemos es cosa finita y, por otro lado, el "poder" de conocer no queda saturado por ningún objeto. Este poder se proyecta sin límite, tiene un no sé qué de infinito. Y los hombres lo han atribuido a la divinidad, hasta el punto de afirmar que la sabiduría no es cosa de los hombres, sino de Dios. Tal fue el caso de Sócrates y Aristóteles, en la Antigüedad; pero también el de Descartes, Leibniz y Hegel, en la modernidad.

Sócrates. La admiración de saber que no somos Dios

Una de las formas más sorprendentes en que se ha expresado esta maravilla del conocer humano fue el dicho de Sócrates: "Sólo sé que no sé nada".

Parece que Sócrates (470-399 a. C.) quería decir que, por el hecho de saber que nuestro conocimiento es limitado, lo comparamos con el saber infinitamente perfecto. ¿Cómo sabemos, si no, que es limitado? Y es sorprendente que tengamos idea de un saber perfecto, precisamente cuando reconocemos que nuestro saber es reducido, imperfecto.

¿Cómo tenemos idea del saber perfecto, sin saberlo? Lo cierto es que ya a los antiguos filósofos del paganismo les parecía que la sabiduría era propia sólo de Dios. Por lo tanto, al hombre correspondía no la sabiduría (*Sophía*), sino el amor a la sabiduría (*Philosophía*).

Modestia del nombre. Para designar la actividad nacida de la sorpresa, la admiración y la conciencia de la propia limitación, hacía falta una palabra modesta. No sabiduría, sino amor a la sabiduría. Eso quería decir en griego filosofía.

Era claro que el hombre limita con lo superracional, por encima de la razón; limita también con lo infraracional, que encuentra al descender a la materia, a la singularidad con su imprevisibilidad y excepciones.

Recapitulación

Una definición clásica de la filosofía

La actitud teórica es el hilo conductor de la historia del pensamiento. Las reacciones voluntaristas (praxis) o positivistas (póiesis) y antimetafísicas se presentan una vez y otra, tal vez como protestas ante el error o extravagancia de algunas teorías –sutiles pero ajenas al sentido común, a la vigencia de los primeros principios–, o como pugna frente al realismo del sentido común. Recapitulemos:

La filosofía nace de la admiración, como teoría.

Se separa del mito, abriendo el futuro, la libertad.

Limitada entre lo suprarracional y lo infrarracional, no reconoce otros límites que los de la misma razón humana.

Se pregunta por el origen primero y el fin último de todo cuanto existe.

A diferencia de las ciencias, no sólo se plantea preguntas concretas, sino que examina qué quiere decir "saber", "inteligencia", "realidad primordial", etc.

Examina temas como Dios, el espíritu, la libertad, etc., pero no es religión.

Estas son algunas de las principales ideas que se desprenden de cuanto hemos expuesto en las páginas anteriores. Cabe notar que todas ellas encajan bien en la definición "escolar" del saber filosófico:

"La filosofía es la ciencia de todas las cosas, por sus causas últimas, y adquirida por medio de la luz de la razón".

Universalidad de la filosofía

La misma definición de la filosofía es ya un importante tema filosófico; en ella se pone en juego qué es lo principal, lo hegemónico, en el hombre y en la realidad completa. Puesto que hay diferentes concepciones del hombre y diferentes ideales de vida, la idea de "filosofía" ha sido también bastante distinta en cada época, según las escuelas. De ahí que el interés principal de este capítulo sea tratar de rastrear qué tienen en común: ¿qué es la filosofía, esa tarea tan humana y por ello tan diversa?

La definición "escolar" es menos ingenua de lo que pudiera parecer a primera vista, ya que nos deja abierta la cuestión: nos indica mejor lo que la filosofía no es, que lo que ella en sí misma sea. Al cabo, como amor a la sabiduría, se describe por una meta no concluida, que no cabe dar por supuesta.

Consideremos las cuatro partículas de la definición "escolar":

ciencia: por contraposición a la experiencia y a las opiniones;

de todas las cosas: a diferencia de las ciencias (particulares);

por causas últimas: a diferencia del método científico experimental o descriptivo, que explica por causas próximas;

adquirida por la luz de la razón: a diferencia de la fe y la teología, que se fundan en la Revelación, superior a la razón y comprensión humanas.

Notemos que de ahí se desprende una descripción negativa (por tanto no hay "definición"), que nos indica lo que "no es" filosofía:

No es un repertorio de opiniones subjetivas, ni alguna experiencia singular.

No es una ciencia particular.

No es ciencia experimental. Ni tampoco la suma de todas ellas.

No es la teología, ni una religión.

Cabría añadir que la filosofía no es algo impersonal –como el estado de la ciencia o una historia del mundo–; así como raramente una innovación científica nos cambia la vida, también sería raro que la filosofía que uno hace suya no comprometiera su modo de vivir.

Por lo mismo que la sabiduría humana no es un sistema de conceptos objetivados, bien encajados entre sí y concluso, es extraño a ella el propósito de darla por concluida, de "cerrar" el sistema. En referencia a este empeño, que se ha dado en más de una ocasión, afirma Leonardo Polo: "Toda sabiduría humana es prematura". Invito al lector a meditar esta afirmación en su sentido más positivo, como si dijera que la sabiduría humana (la filosofía) puede coincidir con su proceso de maduración personal.

Notas

(1) Diferencia entre cualidad y cantidad.– La forma en que se relaciona la cantidad con la acción conlleva desgaste. Si tengo un depósito lleno de gasolina, o un fajo de billetes, puedo hacer muchos kilómetros y muchas compras; pero a más kilómetros, menos gasolina; a más compras menos dinero. En cambio, si conozco un instrumento musical o una teoría

matemática, cuanto más toque mejor sabré, cuantos más problemas resuelva, mejor comprenderé esa teoría y la ciencia matemática. Las cantidades se gastan; las cualidades, si son operativas (virtudes), crecen con el ejercicio.

(2) *Kritik der reinen Vernunft*, 1ª edición 1781; 2ª edición 1787. La teoría del conocimiento de Kant es un punto culminante de la filosofía moderna: propone invertir la relación entre el pensar y el ser; que los objetos dependan de nuestra manera de conocer, y no a la inversa. Comparó esta inversión con el "giro de Copérnico". Los filósofos alemanes posteriores (Fichte, Schelling, Hegel, etc.) iniciaron un proceso de crítica de la modernidad que caracterizó a la época romántica y a la contemporánea (siglos XIX y XX). Con Kant se inició una etapa en que el filosofar se entendió ante todo como Crítica, y como testimonio de una "crisis" del hombre que no llegó a resolverse en los dos siglos precedentes.

(3) Ante concepciones tan vigorosas como las de Kant y Fichte se hace evidente la dificultad intrínseca de la filosofía y la prudencia necesaria, por parte de quienes no son especialistas, a la hora de comprenderlos adecuadamente. La mayoría de sus asertos son verdaderos, su forma de razonar es lógica y amplia, magnánima, pero llegan de repente a conclusiones que contrarían al sentido común: el mundo no tiene otro ser que su aparecer (dice Kant del cosmos), y ese "ser-aparecer" del mundo lo crea el espíritu humano (dice Fichte). No hay razón para mirar con menosprecio a estos pensadores porque se atrevieran a contradecir abiertamente al sentir común de los mortales; pero tampoco hay razón para dejarnos arrastrar irreflexivamente por lo atrevido u original de sus afirmaciones.

Los pensadores geniales merecen respeto. Ahora, el respeto que espera el pensador es el esfuerzo de entenderle. Kant y Fichte intentaban comprender el espíritu; pero en su exagerado espiritualismo llegaron a difuminar (o borrar) la diferencia entre el Creador y la criatura. Su idea del espíritu, olvida que es creado y destinado, por eso se internaron en una especie de "mística" (no del encuentro con Dios, sino del encuentro de la razón consigo misma) que se llamó "idealismo filosófico". Estas filosofías, especialmente el Idealismo absoluto, de Hegel, han originado una grave crisis en el siglo XX. ¿Qué es el hombre, sólo materia o sólo espíritu? Es casi imposible responder bien a preguntas mal planteadas. Todavía hoy se presenta en algunos círculos académicos como si fuera un éxito, o una "madurez", lo que en realidad no son sino salidas "de emergencia" hacia el materialismo (marxismo, positivismo, neopositivismo científico) o hacia el "humanismo ateo" y el nihilismo (Sartre, Heidegger, filosofía neo-hegeliana, Vattimo y el "pensamiento débil", etc.). La tarea actual del pensamiento no puede consistir en darlo por "acabado". La era postindustrial, de las comunicaciones y de la bio-tecnología reclama, más que nunca, la responsabilidad de la filosofía. El universo físico, la dignidad humana, el misterio del mal, la historia, nuestro destino último, Dios, siguen siendo los grandes temas: nuestra tarea será comprender cómo se armonizan.

(4) *Metafísica* (lo que está más allá de la física), fue el nombre que desde antiguo se dio a los libros de la Filosofía primera o Teología, de Aristóteles.

(5) Todo este capítulo, así como los puntos principales de este "Curso", está en consonancia con el pensamiento de este filósofo actual. Para conocerlo mejor, véase: Leonardo POLO, *Introducción a la filosofía*, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona, 1995. Cf. Del mismo autor: *Quién es el hombre*, Ed. Rialp, Madrid, 1991. Para obtener una buena visión de conjunto del hombre y su obra recomiendo: <http://ensayo.rom.uga.edu/filosofos/spain/Polo/>

(6) Cf. Jesús GARCÍA LÓPEZ, *Tomás de Aquino, Maestro del orden*, Madrid, 1985 y 1987; págs. 24-31. Editorial Cincel.